

Las jornadas de Alos Rojas o la épica de la soledad

Julián Malatesta
Profesor Titular
Escuela de Estudios Literarios
Universidad del Valle

En la memoria de un hombre suele hallarse el inventario afectivo de populosas ciudades, la cuenta minuciosa de los días agobiados por las jornadas del coraje; las alcohólicas noches de tabernas; las reyertas en los callejones del comercio clandestino; los amores efímeros, perdidos en las nobles palabras que inventaron las promesas; amistad, ese viejo modal que no cambia y que aún sirve para conocer el mundo; los barcos viejos encallados como ballenas moribundas en los puertos; los marinos en ejercicio y los que ahora con el sol en sus espaldas se retiran a la orilla; los largos viajes que no dejaron predecir la fatalidad ni auguraron la dicha; la guerra, sus hambrunas y la devastación de territorios. Todo suele hallarse en la memoria de un hombre, todo lo guarda él en su lugar más íntimo: el olvido, que se sabe, es la memoria indócil que el hombre controla.

Mas cuando ese hombre es poeta, el mundo tiene la certeza de poder oír su propio relato de escuchar su trajín y su maniobra en el duro acontecer de los días. Todos nosotros sentimos que ese hombre posee la virtud de hacernos transitar de la vivencia que es fugaz, a la experiencia que posee los viajes de lo eterno. Quizá por ello en los pueblos africanos se venera al anciano que siempre es un cantor, que su labor es ser poeta y se concibe como el guía espiritual de la tribu. Un antiguo proverbio sentencia:

Cuando muere un anciano, cuando muere un poeta es como si se hubiera incendiado una biblioteca. Este ser extraordinario, al que se le ha otorgado el privilegio de cantar la historia de su tribu, de grabar en la memoria de las futuras generaciones el innumerable pasado y de educar en el oficio de la percepción a los jóvenes iniciados en la palabra, es un individuo que le pertenece a la comunidad, que es entrañable a ella y que conoce de cerca la fiesta y la desolación.

Aloz Rojas se instala como ese antiguo cantor, labora en la palabra desde la oralidad, pule sus usos en las destrezas de la conversación, se ocupa de oír pacientemente el brusco latir de los significados y se aventura en el ensayo de las repeticiones y sonoras rutinas. Se obstina en que la metáfora suceda, que ella edifique el poema como un caudaloso río que sin embargo respeta el tamaño de su cauce, es decir, se presiente un odio secreto al afecto, al banal decorado, un temor a que suene falso lo que se dice. El poema es la configuración de un episodio o un conjunto de episodios, no hay lugar para que transite impune la idea, en el poema ocurre la vida, la idea es un resultado, algo que está por hacerse y que el poeta se niega a ejecutarlo solo, como ocurre con el cantor de la tribu, que requiere quien lo escuche, quien le y descubra en su palabra el pensar natural del lenguaje.

Quizá este anhelo de verdad resulte un anacronismo, se constituya en una especie de mística que busca hacer coincidir el acto de la recreación con los sucesos de la vida, acaso la obligación del juglar, el aeda o el griol, los poetas de la comunidad. Pero lo que hace singular la poesía de Aloz es que situándose en el ámbito de los narradores orales, tomándose el atributo de cantar sagas y relatar faenas cotidianas, como un poeta moderno, no posee comunidad, ha sido desalojado de la tribu, no tiene un lugar donde su canto sea supersticiosamente necesario y se reciba como alimento. Es un poeta que desde la soledad rememora a sus antecesores, dialoga con ellos, aprende sus trucos y asechanzas, descubre sus ordalías mientras rastrea las acciones de los viejos héroes: pero no tiene héroes, sólo habita en su poesía el ser anónimo, aquel que asiste a la salida del alba a cumplir con su rudo itinerario, ese otro que desciende de un navío en un puerto lejano sólo guiado por la ambición de comprar un rato de placer en la casa de las muchachas. Días que nadie narraría sino está allí el poeta construyendo una épica de la soledad y del desalojo. Aloz logra conmovernos con esta especie de ética del desamparo, con esa fidelidad a lo que se pierde en un ***Lunes de puerto:***

*Día senil.
Bares interminablemente abiertos
Lunes de puerto
Los dos*

*Y los marinos ebrios
Y los estibadores ebrios
Y las prostitutas secas.
Todos, los dos y todos,
Obstinadamente impúdicos*

Compartimos el desgaste inicial de la semana.

*¡Cómo nos fuimos sin regreso
En los ojos de la gente del mar!*

*¿Aún recuerdas el balancear de los cafetales en las quillas?
Sí, era la hora del reflujo*

¿Aún recuerdas cuando nos gritaron adiós desde las bordas?

*¡Ah! ¡cómo nos fuimos sin regreso
En los ojos de las gentes del mar!.*

Festejos y memorias es un poemario cuya presencia es definitiva en nuestra generación, enseña sin enseñar el tono con el que se escribieron los grandes acontecimientos y que el poeta utiliza para narrar las vicisitudes de la vida cotidiana o la humilde cadena de sucesos que se pierden en los horarios personales del estibador, el labriego, la prostituta, la maestra de escuela que muere asesinada mientras enseñaba a volar a una mariposa dibujada en el tablero. A loz ejecuta con el tono de las sagas nórdicas, los salmos y los modos del inventario que definen las escrituras sagradas, la épica de un país que en medio de la catástrofe sobrevive en el valor y coraje de seres humildes como Jorge Mandinga el maestro en juntas de Yurumanguí.

Para serle fiel a esta memoria de la soledad, A loz deja madurar la palabra días y noches, la conversa y la moldea en la complicidad de sus amigos y de sus amores; atrasa el paso a la escritura, huye de la muerte del texto escrito y teme por su vida cuando la palabra asiste al ritual de las publicaciones. Así he querido leer las dedicatorias que aparecen en sus poemas, es como si se obstinara porque cada poema no pierda al lector, a ese hombre o mujer que él ha seleccionado para que acompañe su destino y quizá lo proteja de extraños y malandrines.

Cuando la palabra se dice, se murmura o se grita, uno está con ella, le

define, la acaricia y la conduce, le impone el ritmo, la hace danzar a su gusto, le ofrece reposo o la agita, pero la palabra en el libro no tiene doliente, cualquier mal hablado la mutila, le quita su gracia o le incorpora la frialdad de un anuncio. Para Rojas el lector no es confiable, este es un recelo de los poetas que gozan los deleites de la oralidad. Al lector hay que formarlo en la conversación, someterlo a prueba, hacer que afine sus formas de ver el mundo y palabrearlo, educarlo en el largo aliento y la espera sin zozobra. Por eso al poeta Alos Rojas le es esquivo la poesía breve, porque en ella parece que su aliento vital se frustrara, ella no le admite las repeticiones, los regresos, los simulados olvidos; la poesía breve le exige concisión y lo conduce al cálculo; esa medida prevista de antemano perturba al poeta, este prefiere el torrente pero sin el ahogo, admite que la palabra sea la única pero nacida de la situación, inventada en el imprevisto, en el desequilibrio y la caída.

La escritura de la soledad delata en los poetas una intimidad que pugna por hacer mundo, que quiere mercadear sus tribulaciones en la algarabía del comercio y que pretende situar al creador⁴ como portador de los dramas de la especie, la ilusión romántica que ve en el poeta elegido por el numen. Alos, aún en su momento más íntimo, decide asistir al gesto común, confundirse entre las gentes, hacerse igual a todos los hombres, compartir con ellos su júbilo o su tristeza sin los afeites de la distinción. Por eso, cuando adelanta la crónica de los sucesos familiares, lo hace desde una tercera persona, como un testigo de excepción, no manipula sus afectos ni subyuga al lector; hay una despersonalización voluntaria que implica una toma de partido estética. Es esta condición la que hace memorable su poema *La Casa* del cual tomo un fragmento:

*Después llegó el tiempo del olvido.
El padre se casó con una muchacha olorosa a río
Que llegó con un vestido verde y llenó de fiesta la casa.
Los hijos mayores nos arrimamos poco a poco
A ese rumor de agua que cantaba en su risa
Y esa muchacha olorosa a río
Nos acompañó con su cariño todo el resto de su vida.*

Las jornadas de Alos son largos viajes, quien quiera seguir sus itinerarios debe ejercitarse en la espera y la aventura.